

“El síndrome de Ulises”*

Un viaje desde la literatura a lo social

Oscar Robledo Hoyos**

Resumen: El texto de Oscar Robledo nos transporta hacia un París muy distinto de aquel de las postales, donde convive la miseria del mundo con la opulencia de los “exitosos”. Una ciudad hermosa y brillante, donde polulan también los cuerpos semiproletarizados de los estudiantes latinoamericanos y tantos otros inmigrantes; los mismos que viven en 12 metros cuadrados y que combaten la soledad, el hambre y la precariedad mediante el calor de sus cuerpos y los encuentros sexuales casi frenéticos. Más allá de los lugares comunes y los estereotipos, la descripción de la vida de estos seres insertos en una de las ciudades más ricas del mundo, es una crónica del subdesarrollo en el corazón del país que inventó el lujo. Es la historia de tantos soñadores ávidos de una cultura que apenas los recibe con la indiferencia de quien se siente parte de una civilización “superior”.

Palabras clave: París, precariedad, globalización, juventud, literatura.

Abstract: Óscar Robledo’s essay transports us to a very different París to that of the postcards, one in which world’s misery lives side by side with the opulence of the ‘succesfull’. A beautiful and brilliant city in which the semiproletarized bodies of latin american students and so many other immigrants walk around; the same who live in twelve square meters and who fight loneliness, hunger and precariousness through the heat of their bodies and almost frantic sexual encounters. Beyond common places and stereotypes, the description of the lives of these beings inserted in one of the most rich cities of the world, is a cronical of underdevelopment in the core of a country who invented luxury. It is the story of so many dreamers eager for a culture which barely admits them with the indifference of those who feel themselves part of a ‘higher’ civilization.

Key words: Paris, precariousness, globalization, youth, literature.

* * *

Un bello diario parisino. Se oye el trajar del viejo metro construido a comienzos del siglo pasado, el roce de las copas de vino y el olor del Richard y el Cointreau en los “bistrós” de esquina, se escuchan las conversaciones de los amigos intelectuales y escritores, se cruzan los parques cercanos a L’Etoile, el “boulot” cotidiano, la fatiga por la consecución del dinero para comer y pagar el cuarto, y, sexo al por mayor en partouzes cosmopolitas o al detal sobre las alfombras de los cuartos o los estrechos baños de las “chambres de bonne”, rápido, a hurtadillas, de pié o en incómodas posiciones kamasútricas. Diario bello y vibrante, loco, apasionado y conmovedor. La búsqueda o la “cacería humana” en donde al final todos se entregan para celebrar a través de sus sexos –sin exclusividad– el encuentro del otro en su terror de estar solo en ése París que a todos retiene en su telaraña de colores, pasajes, restaurantes universitarios y citas en medio de la noche o las tardes lluviosas y desprogramadas. No todo París, claro. Falta el París de los grandes espectáculos culturales, los diarios y las noticias del mundo. Faltan los centros comerciales y el deslumbrante universo de los negocios, las boutiques y las galerías, en una palabra, la presentación agresiva y bella de la mercancía. Diario de intimidades, complicidades bisexuales, guiños intelectuales. Faltan los grandes debates de las academias, apenas unas lánguidas clases de español de la calle Gay Lussac. Falta el boato de los desfiles de la moda, los viajes de los millonarios al descreste de la gran urbe, las paradas militares en los Campos Elíseos y el alto mundo de la política. Un París sin bibliotecas y sin muestras gastronómicas pero bello y real. Se le puede tocar con los dedos y con la alta estrategia de la imaginación.

Más cercano al mundo travieso y sorpresivo de Henry Miller que al París festivo y transparente de Ernest Hemingway como reza la contra tapa. Un mundo de sexo y de hallazgos eróticos en medio de una economía del rebusque que puede dejar la muerte o grandes estragos si no viene a tiempo el milagro del amigo, el empleo temporal o el abrazo y el beso, así sea de paso, de un día o un pedazo de noche para repetirse al siguiente. Un París que vibra en los recuerdos, fragmentos de conversaciones, rememoraciones de encuentros extraños y aromas de mujer que permanecen en las pequeñas “chambres de bonne”. Vagas y fugaces presencias de una vida que pasa rauda en el rouge de los labios estampados en el borde del vaso, el perfume aferrado a la almohada o la huella feliz de la uva evaporándose aún en las copas que permanecen en la mesita que sirve a la vez de estudio, mesa de centro, cocina y bar. La calefacción solo se pone “in extremis”.

Una ciudad cosmopolita que junta fortuitamente habitantes de los cuatro puntos cardinales. Todos

empujados por la fuerza de las pasiones e intereses: el deseo de vivir, la persecución política, el desempleo, el azar, el no futuro de los países de origen y finalmente, todas las violencias del subdesarrollo y el atraso. París visto desde el envés de la pobreza mientras a lo lejos o cerca brillan las luces del boato y el éxito. Al fondo los pasos de estos seres arrojados a la ventisca del azar y el caos, en sordina, la historia triunfal de *'la France'*.

Decimos que un diario, porque se manejan conceptos sobre la novela de reciente factura. Difícil encasillamiento en los moldes clásicos. No maneja los personajes prometeicos de la gran novela de Balzac, Stendahl o Dostoievski en la cual el escritor con la paciencia de un grabador del siglo XVII va cargando de significación los personajes centrales. Un solo personaje de fondo, el protagonista, que es un joven colombiano que desea hacerse escritor en la ciudad de las luces. La narración sucede vívidamente. Gamboa se nos hace un gran narrador de cuentos cortos. Hay versatilidad y deja cabos sueltos que luego retoma dando interés permanente a las experiencias y al relato. Lejos las exquisiteces de los nuevos campeones de la novelística en cuanto a estructura formal. No el monólogo interior, no todas las voces a la vez como *Delirio*, de Laura Restrepo, no el rompimiento del tiempo para una reconstrucción en el tiempo-espacio del lector, no el inconsciente expresándose en el diván del discurso de Rulfo. Su formato es lineal, tradicional. Tan poca trama y estructura de novela tiene que ni siquiera se hace un cierre al final cuando los personajes quedan allí, en sus circunstancias Orteguianas y lo del síndrome resulta a la postre simple artificio para justificar el título que parece llega tardíamente cuando las carnes habían sido sacadas del asador.

Los grandes ausentes son los franceses. De vez en cuando surge algún parisino malgeniado y déspota. Pasan sobre los ojos del lector Paula, bogotana, la frenética sexual que se prostituye a ratos pero se convierte a la poesía, gran amiga y consejera espiritual. Victoria la novia tradicional que hace estudios en Madrid pero comparte la cama con Joaquín; fija residencia en Estrasburgo pero viaja de tiempo en tiempo a París a atormentar y sobre todo a confundir los sentimientos; Sophie, trofeo de un concurso de ajedrez entre colombianos; Saskia, que se inyecta; Susi luce sus mejores atavíos por las noches en las travesías del Sena cuando seduce extranjeros con deseos de "hacer programa completo"; Deborah, que según Victoria es "una húngara que parece una modelo de Versace" y no falta tampoco el amor ideal, el de una francesita liberada. Se pone en escena el estereotipo facilista e injusto de la mujer francesa como mujer fácil, frívola y liberada por decir lo menos, que si dijéramos lo más, tendríamos que decir medio puta o puta entera.. El protagonista visita a Justino, un tipo de Medellín que como le preguntara qué hacía respondió "De todo, hermano", comprendí que andaba en negocios raros". El antioqueño se le viene con esta andanada de lugares comunes y vulgaridad: "¿Ya se comió a la primera francesa?, me preguntó, y yo no supe si responderle o no, y mientras dudaba él siguió hablando, uy, debería, hermano, son unos polvazos,... sin ofender al producto nacional, dijo mirando a la mujer de su amigo, que soltó una carcajada y se bebió hasta el fondo el aguardiente que tenía en la mano, y le dijo, Justino, usté si es la embarrada, no?, sólo piensa en eso, qué va a decir este universitario, y yo me reí, aunque avergonzado de reírme". Sabrina es la francesita-mito que al final rompe el paradigma y se diluye sin que el lector se de cuenta de su final.

Si fuéramos a ser antinómicos diríamos que predomina en el diario la interioridad sobre la exterioridad de los escenarios de una ciudad tan bella como es la capital de Francia. La centralidad la tiene la "chambre" (pieza). El exterior se presenta tan desolador y hostil que los nueve metros cuadrados empiezan a reñir el protagonismo del joven escritor. Es tan pobre y desprovisto de armas adecuadas que el cuarto empieza a nombrarse como "la chambrita" que por los sucesos narrados y por el español coloquial colombiano quiere decir más o menos "hembrita", lo que la vez tiene connotación de cariño y proximidad afectiva. El repliegue, pues, de toda esta población de inmigrantes, se hace hacia adentro por los temores y riesgos que representa la ciudad. A momentos el retorno al "chez soi" se hace poético e idealizado como si lo mejor de vivir y estar en París fuera replegarse a los aposentos. Existe casi una imposibilidad absoluta de hacer y ser por fuera de "la chambre", que es sitio de encuentro, de amor, de la amistad y fiesta: "Al llegar a la chambrita Lazlo sacó copas, alzó una botella y anunció, ¡recién llegada de Bucarest!" Luego de la entrevista con el peruano Ribeyro dice: "Al salir a la calle me di cuenta de que era tarde, mas de la una. El Metro estaba cerrado y me dispuse a caminar hasta mi chambrita de Cambronne, cortando el frío con la uñas pero contento".

El trato es coloquial, tanto, que a veces se dirige a sus lectores con admoniciones de éste corte: Acuérdense lo que les dije hace algunas páginas. Y sigue. Las escenas de sexo son permanentes como que es una manera de combatir la soledad y la pobreza. Y lo hacen sin escrúpulos higiénicos ni morales. Son hermosos y bellos en sus soledades estos Buenos Jóvenes Salvajes. Precisamente la segunda parte del

diario se llama Inmigrantes & Co en donde pareciera que premonitoriamente se hiciera una síntesis de este contemporáneo universo del desamparo y la explotación: soledad, exilio, nueva economía, explotación, juventud. “Tengo algo para ti, me había dicho Paula al teléfono esa mañana, ven rápido, deja lo que estés haciendo y corre, pero ya mismo, corre al Metro y ven, así que fui a su casa curioso y expectante, como siempre que iba a verla, y al llegar la encontré con una malla de gimnasia que le forraba el cuerpo y la hacía ver muy linda. Tenía un vaso de agua mineral en la mano, pues acababa de hacer sus ejercicios matutinos, y le dije, aquí me tienes, ¿qué es eso tan urgente que quieres mostrarme? Con gran ansiedad fue a la repisa, cogió un sobre y me lo entregó. Es para ti, dijo, ábrelo. Al hacerlo vi. Siete billetes de 200 y uno de 100, total 1.500 francos, y me quedé perplejo, ¿qué es esta plata? Paula esbozó una sonrisa pícaro. Es tuya, si no la aceptas la tiro por la ventana. Observé extrañado los billetes y ella dijo:

- Te voy a contar lo que pasó, ¿no te lo imaginas? Anoche me acosté con un tipo y le cobré.

¿Que hiciste qué? Intenté contener la sorpresa, pero no pude. Solo atiné a decir: Ten cuidado, dicen que cuando una mujer cobra por primera vez no puede volver a hacerlo sin sentir que está perdiendo plata, ¿cómo fue? Me dio los detalles... Le agradecí de nuevo. Era una época en la que no podía permitirme ciertos escrúpulos, y además me gustaba ver circular los billetes. Luego me invitó a sentarme...¿puedes quedarte un rato?. Iba a decir que tenía una cita de trabajo, pero me quedé callado (de todos modos no era cierto)...

Final triste. Intermedio triste. Comienzo triste: “Por esa época la vida no me sonreía. Más bien hacía muecas, como si algo le provocara risa nerviosa. Era el inicio de los años noventa. Me encontraba en París, ciudad voluptuosa y llena de gente próspera, aunque ese no era mi caso. Lejos de serlo. Los que habíamos llegado por la puerta de atrás sorteando las basuras, vivíamos mucho peor que los insectos y las ratas. No había nada, o casi nada, para nosotros, y por eso nos alimentábamos de absurdos deseos. Todas nuestras frases empezaban así: “Cuando sea...”. Un peruano del comedor universitario dijo un día: cuando sea rico dejaré de hablarles. Poco después lo sorprendieron robando en un supermercado y fue arrestado... En mis bolsillos había poco que buscar (nada tintineaba) y por eso debí alquilar un cuarto de nueve metros cuadrados, sin vista a la calle, en los altos de un edificio de la rue Dulud... un barrio lleno de familias ricas y judías, automóviles elegantes, tiendas caras. Por cierto que cuando uno es pobre es muy malo rodearse de gente rica. No lo recomiendo. No trae buena suerte y genera un sabor amargo en la boca, nada bueno para la salud. Cuando uno es pobre es mejor estar rodeado de pobres. Créanme”. Entretanto y a medios actos viene la ruptura relativa de la pobreza y la monotonía con los fogonazos de los ‘*happinings*’ que centran con su luz deslumbrantes los perfiles de los personajes. Sabiéndose pobres, en cierta forma marginados de los circuitos del dinero, sin atractivos sociales o económicos, sucumbiendo a la tentación y la dicha de un cuscús en Saint Michel en un restaurante marroquí y unas cervezas en el bar de la esquina, no les queda para demostrar su miedo que la generosidad de sus cuerpos galácticos comunicables. Si en el protomarxismo el trabajador solo tenía frente al capital la propiedad de sus brazos para trabajar, en el neoliberalismo solo le queda a los desposeídos el Hueco de las fronteras de los Estado-Nación o el sexo ya roto para expresar el ser auténtico y solidario en contra de las monedas ladronas y las economías oficiales. Economía de la Comunidad Europea sostenida por los ilegales sudacas o marroquíes mientras que los bienpensantes echan pestes contra los inmigrantes porque supuestamente “vienen a quitarle sus empleos y consecuentemente sus ingresos”.

A Gamboa el destino lo ubicó en calle Dulluc, nada menos que en el barrio 16 que es como decir el epicentro de la más rancia y chic burguesía parisina, razón suficiente para iniciar su relato con el sentimiento depresivo de exacerbada pobreza que transcribimos.

La saga del universo cerrado

El mundo de una economía globalizada es un universo concentracionario en donde las fuerzas del capital ejercen de tal manera un poder centrípeto que los individuos se desvalorizan de manera inversamente proporcional a la mercancía y los valores que sustentan dicha cultura (competitividad y ganancia). Lo que significa que los individuos, empresas o corporaciones que tienen el capital son cada vez menos numerosos pero tienen mayor riqueza y dominio en tanto que los que están privados de él son cada vez más numerosos y son arrojados, por decirlo de alguna manera, a la periferia por una enorme fuerza centrífuga irracional. La loca carrera de la acumulación y circulación capitalistas no tiene fin. Se relanza cada día con nuevas estrategias y nuevos subsistemas de fuerza y dominación no sólo contra las

personas sino contra pueblos y modelos civilizacionales. La resurrección de la “guerra preventiva” de los romanos es un ejemplo de dicha expansión capitalista que corre detrás los recursos energéticos no renovables en cualquier lugar del mundo en donde se encontraren y en cualquier cultura. De allí que muchos analistas sociales hablen del tardocapitalismo como del capitalismo armado¹. Y también el “desarmado” pues se impone de tal manera y con tal fuerza a las conciencias y mentalidades –por diversos y poderosos medios– que los individuos son, como en el poema de Barba Jacob, “una llama al viento” o como en la introducción al canto del infierno: “¡Oh, vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza! Por mí se va a la ciudad del llanto, por mí se va al eterno dolor, por mí se va hacia la raza condenada”...

Aunque conceptualmente no llamamos a la modernidad, contemporaneidad, sí nos parece altamente descriptivo el título del libro de Marshall Berman: “Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad”. “Ser modernos es vivir una vida de paradojas y contradicciones”, dice. Es “estar dominados por las inmensas organizaciones burocráticas que tienen el poder de controlar, y a menudo de destruir, las comunidades, los valores, las vidas, y sin embargo, no vacilar en nuestra determinación de enfrentarnos a tales fuerzas, de luchar para cambiar su mundo y hacerlo nuestro. Es ser, a la vez, revolucionario y conservador: vitales ante las nuevas posibilidades de experiencia y aventura, atemorizados ante las profundidades nihilistas a que conducen tantas aventuras modernas, ansiosos por crear y asirnos a algo real aún cuando todo se desvanezca”².

Estar en la periferia del sistema es igualmente estar de alguna manera en lo central del sistema. Nadie ni nada escapa a su lógica de destrucción y aniquilamiento. Como el sistema tiene que funcionar en vivo y en directo para ser creíble, se asienta en la ciudad y sus periferias, se asienta en el gran centro comercial –a la manera de La Caverna en Saramago– y sus alrededores; demuele la familia, las creencias, los ritos y los ritmos, la política, las culturas nacionales; acaba con las identidades anteriores para reconocer sólo las nuevas filiaciones a marcas comercio-industriales: Benetton, CocaCola, Adidas, Lewis, Sony, Renault, Mac Donald’s, entre miles y miles que nos asedian desde vallas, diarios y la pantalla chica.

La demolición del muro de Berlín no fue sino el final de un proceso que ya había corroído las fronteras nacionales y los estados-nación. El nuevo Estado planetario proclamó una sola patria, la global, que es la circulación del capital financiero, las mercancías y las ganancias. Los hombres y mujeres invitados al futuro fueron arrancados en nombre de la nueva ciudadanía de sus territorios y sus significados ancestrales “para siempre”. Se calcula aproximadamente cuatro millones de colombianos en el exterior en una situación de shock emocional según lo constató una comisión de los medios que visitó hace poco a los compatriotas en Madrid. La coordinadora del evento regresó conmovida según lo atestiguó por el radio. Encontró personas que llevaban diez años lejos de su hogar de origen, trabajando como “bestias”, sin pausa, economizando para poder girar el dinero del sostenimiento de los hijos o el necesario para comprarle “una casita” a los viejos. Sueñan a diario con retornar a la patria, con la comida típica, el calor humano de las relaciones familiares y sociales, con el entusiasmado saludo por la vida que son características fundadoras de la idiosincrasia del colombiano. Un profundo y compartido sentimiento transnacional de impotencia se apoderó de las élites gobernantes. Los políticos cedieron vergonzosamente su sitial de gobernantes a los negociantes y a sus ad-láteres los economistas, ideólogos del nuevo orden. A partir de allí la crisis ha ido creciendo sordamente. Todas las clases sociales, fracciones de clase, y sectores sociales han aceptado el nuevo credo del desarraigo. Los compatriotas que viven en el exterior ya sea por motivos políticos o económicos prácticamente: exilados; los patrimonios construidos comunitariamente: valuados por debajo de su valor real y transferidos a firmas privadas foráneas en nombre de la nueva consigna de la inversión extranjera; los índices de pobreza y la línea de miseria: acelerándose año tras año; tres millones de colombianos han sido forzados a salir de sus parcelas y animales: engrosan y potencian el conflicto social en ciudades como Medellín y Bogotá; los dineros pensionales: transferidos a los fondos privados de pensión; la salud de 44 millones de personas: en manos de las EPSs e IPSs; los hospitales públicos: cerrados; las cargas tributarias: se rebajan al gran capital y se carga toda la canasta familiar con el IVA; la vivienda: se debe pagar cinco o seis veces pues el sistema colombiano es uno de los más usureros del mundo según concepto de expertos; el dinero del Estado: orientado al pago de la deuda externa y al sostenimiento del coste militar de la seguridad; el trabajo: flexibilizado a los intereses de los empleadores para generar nuevos puestos, lo que resultó una pifia; las cárceles: insuficientes para albergar y alimentar a tanto delincuente; en fin, la inversión social no se ve y la inversión pública en proceso de adelgazamiento progresivo, recuérdese hace poco Nueva Orleans, etc, etc. Hace algunas semanas se presentaron estadísticas escalofriantes sobre el incremento de la desnutrición y de los índices de mortalidad infantil al presidente Uribe quien dijo fríamente: “Es cierto, en

Colombia hay mucha pobreza y miseria”. A todo esto el POS (Plan Obligatorio de Salud) que administran las EPSs solamente formulan acetaminofén para que no duela y metoprolol para que no suba la presión arterial.

Los recientes acontecimientos de París no dejan de conmovernos pero sobre todo de sorprendernos ¿Cómo es aquello que “la France” gloriosa de De Gaulle que era ejemplo de convivencia con las antiguas colonias explotó en escaramuzas callejeras e incendios de vehículos en sus afueras? “Suburbios en llamas”, “Esos molestos ruidos que vienen del sótano”, “Arde París”, fueron algunos de los titulares de la prensa mundial. Ignacio Ramonet³ explica que desde la década de los años setenta, cuando se construyeron las numerosas torres de apartamentos HLMs (habitaciones de arrendamiento moderado) para las clases populares, los gobiernos no volvieron a poner los ojos en dichos lugares ni tampoco alguna partida del presupuesto público. El habitar urbano se fue progresivamente deteriorando a tal punto que las denominadas “cités” fueron aceptadas por la Francia republicana como modernos “guettos” de exclusión o “suburbios basura”. Lo que explica el abandono a su suerte es que estos grandes núcleos poblacionales –cinco millones de habitantes ubicados en 750 zonas urbanas reconocidas como de deterioro social– no cuentan en el momento del proceso electoral pues generalmente no pueden votar por no haber obtenido la ciudadanía francesa. Son los inmigrantes “*sans papiers*”, los forasteros peligrosos. De allí que los políticos y la política oficial no hayan tenido interés por sus condiciones de vida y de manera irresponsable se la jugaron por el olvido o el disimulo farisaico o la ignorancia total, pues nada bueno podría venir de esas moles de edificios de nueve pisos, feos, sucios y grises. El régimen se hizo el de la vista gorda. Este año, entre lo que va corrido de enero a octubre, se habían quemado 28.000 autos y los franceses y el estado en silencio absoluto, no había estallado el malestar⁴. La copa se desbordó el pasado jueves 27 de Octubre en Clichy-sous-Bois cuando dos jóvenes murieron huyendo de la policía. Es la categoría social “los jóvenes” la que ha explotado ante un estado que los margina y los ignora. Rápidamente se dan las movilizaciones y las solidaridades. Otras ciudades se unen al movimiento de protesta. La policía se enfrenta a los jóvenes. El ministro del interior Nicolas Sarkozy los denomina “*racaille*” (chusma, escoria, canalla) y “bandas de criminales” en un intento por demonizar la protesta social, pregona “la tolerancia cero” y amenaza con volverlos a casa con la ayuda de la policía; en una palabra, “Se restablecerá el orden de la República” y “Todo el mundo debe entender que quemar un vehículo es injusto para el propietario del vehículo y puede costar caro en términos de condenas. El Gobierno es unánime sobre la firmeza”. Casi de inmediato reacciona el ministro delegado para la promoción de la igualdad de oportunidades, Azouz Begag, diciendo: “Es luchando contra las discriminaciones de las que son víctimas los jóvenes como se restablecerá el orden de la igualdad y no amenazando con más policía”. La protesta se amplía a Lille, Rennes, Estrasburgo, Toulouse y Burdeos⁵.

Daniel Campione comenta desde Europa. “Hace apenas unos días, el mundo pudo ver como en Ceuta y Melilla ...pero ahora la cosa es bien dentro del continente que aspira a ser la condensación de milenios de cultura y civilización, más aún, es en París, la ciudad que desde hace no menos de tres siglos funge como meca de la Ilustración, las avanzadas artísticas y la elegancia en todas sus expresiones. Los que protestan son los relegados a los suburbios, los habitantes de esas lóbregas torres de vivienda social, las que tan bien describieran y analizaran Bourdieu y Loic Wacquant en algunas secciones de su obra *La miseria del mundo*”⁶. Efectivamente, Pierre Bourdieu en entrevista que concedió a *Le Monde*⁷ para el número especial dedicado al sufrimiento de la revista ‘*Actes de la recherche en sciences sociales*’ (Dic 1991) dijo lo siguiente: “En la investigación que emprendimos sobre el sufrimiento social entrevistamos a muchas personas que viven las contradicciones del mundo social, percibidas en forma de dramas personales”.

Pregunta el periodista:

-“¿Cómo explica esa exasperación, esas manifestaciones de desesperación y esas rebeliones?”

-Creo que la mano izquierda del Estado tiene la sensación de que la mano derecha ya no sabe o, peor aún, no quiere realmente saber lo que hace la mano izquierda. En cualquier caso, ya no quiere pagar su coste. Una de las principales razones de la desesperación de todas esas personas procede, en realidad, de que el Estado se ha retirado, o está a punto de hacerlo, de cierto número de sectores de la vida social que le correspondían y de los que se responsabilizaba: la vivienda social, la televisión y la radio públicas, la escuela pública, la sanidad pública, etcétera, comportamiento aún más sorprendente o escandaloso, por lo menos para algunos de ellos, dado que se trata de un Estado regido por un gobierno socialista... Lo que se describe como una crisis de lo político, un antiparlamentarismo, es, en realidad, una desesperación respecto al Estado como responsable del interés público”... Termina con esta verdad de puño: “Hubiera

debido comprenderse desde hace tiempo que su rebelión va mucho más allá de los problemas salariales....”

De otro lado, un periodista pasa la noche del sábado 6 de Noviembre con los jóvenes rebeldes de la Cité 112, un viejo HLM de diez pisos, en Aubervilliers (Seine-Saint-Denis)⁸. En su concepto, estos muchachos han interiorizado demasiado rencor para que escuchen ahora los llamados al orden republicano, es como si se atara un perro a un muro, termina quiérase o no, furioso. Evidentemente, no son perros pero terminan reaccionando como animales, dice... Bilal, comenta uno de ellos: “estamos listos a sacrificarlo todo porque no tenemos nada”. Ellos no comprenden por qué un gobierno que alimenta y dota bien a la policía no tiene un franco para abrir en el barrio un sitio para jóvenes. Los muchachos que forman la pandilla son inteligentes y avisados, no vale la pena andar con argumentos mentirosos, todos están desempleados. Nadir, que ahora tiene 24 años, interrumpió estudios a los 16. Ha hecho de todo, en especial trabajos de mantenimiento a destajo, como si dijéramos, “remiendos”. Ha enviado 100 curriculum, pero sólo ha sido llamado a tres entrevistas. Fracásó en una formación técnica en electricidad. Para ellos “la escuela nunca ha servido para nada, es por eso que se las quemamos”. Según el periodista, los jóvenes se dicen “incomprendidos”, “víctimas de discriminaciones raciales”, “condenados a vivir en conjuntos insalubres”, “rechazados...” “No hay competencia entre las cités, es solidaridad”, dicen finalmente.

Retorno de Ulises

Una ciudad bella y adicionalmente idealizada para los inmigrantes y los indocumentados que no encuentran trabajo. De allí que los personajes se repliegan sobre sí mismos y los pocos metros cuadrados que los soportan. “Salir a la calle, qué aventura... En el bolsillo llevaba bien sujetas tres monedas de diez francos. Era mi exiguo presupuesto del día, lo justo para dos comidas calientes en el restaurante universitario de Mabillon, un café y unos cuantos cigarrillos. A veces compraba algún libro de segunda en ediciones de bolsillo, pero esto sólo los días en que salía a la calle, pues muchas veces prefería quedarme en la cama mascullando ideas, deshojando... Un lugar dónde vivir. Es la obsesión de todo el que llega, y fue la mía antes de encontrar esta pocilga de la rue Dulud... Un trabajo, algo que me quitara el miedo a no tener la plata del alquiler y verme en la calle, o el de no poder comer bien y caer enfermo.” Al fin encuentra ocupación en un restaurante coreano en Belleville “un sitio bastante normal si no fuera porque el lavaplatos quedaba en el segundo sótano y era una gigantesca alberca repleta de jabón en la que dos personas (dos esclavos, por qué no decirlo) debíamos lavar y secar la vajilla completa del restaurante”. Puesto de lavador de platos en “Les goelins de Pyongang”, “plonguer”, porque a la manera francesa se sumergen los platos en el agua enjabonada que a la vez que retira la grasa deteriora las uñas y parte los dedos de las manos. “El anterior lavadero o “plonguer”, mi predecesor en el cargo, fue sorprendido sin documentos por la policía y desde entonces no se sabía nada de él... cuando empezó a llegar el trabajo, una avalancha de tazones, tacitas pequeñas, vasos y platos resbalosos de grasa y salsa de soja, cubiertos enrojecidos por el picante oriental, que es una especie de puré... Todo requería de mucho cálculo en este sótano, con apenas una claraboya rectangular sobre nuestras cabezas y un extractor de olores que funcionaba muy mal. A las dos horas de trabajo sentí dolor en los antebrazos y la piel me ardía por el picante... El olor a sobras de comida provocaba náuseas y me venían arcadas”.

La periferia infesta es la que el lector entrevé cuando va con su amigo Salim en búsqueda de Néstor, un colombiano misteriosamente desaparecido, a Le Blanc Mesnil, “suburbio al norte de París... bajamos en una tenebrosa estación (de Metro) en la que todos parecían delincuentes, portadores del virus del sida o ex convictos. Créanme. El lugar estaba repleto de contenedores de basura, vagones oxidados y viejos convoyes de tren varados en líneas muertas, decorados con grafitos. Había carcasas desvalijadas de camiones del servicio público, pues el lugar parecía ser un gran cementerio de vehículos en desuso. De allí fuimos a buscar la rue des Anges, yo rogando que no estuviera lejos, pues el lugar me parecía agresivo y lumpen... Tras cruzar varias calles, Gastón abrió la verja de un edificio que me hizo pensar en las “soluciones de vivienda” de los países del Este, es decir, un bloque multifamiliar feo y mohoso”.

En todo el diario de Gamboa late la problemática de la exclusión y discriminación social. El protagonista se debate entre la vida y la muerte por la consecución de un trabajo que sea suficiente para responder al menos a los gastos de mantenimiento de su frágil humanidad hasta que finalmente consigue “un trabajo”. Lo que parecería indicar que el protagonista sobrevive en la urbe y en el mundo de relaciones sociales del proyecto neoliberal pero echando marcha atrás a las grandes conquistas del

proyecto histórico de humanización. Lejos de nosotros endilgarle al escritor la salida negativa que el lector haga de su diario. Gamboa como artista deja el dato, describe excelentemente la situación posmoderna de dominación sobre un sujeto en proceso de descomposición, desmovilizado, profundamente subjetivizado, que sufre como “chivo expiatorio” el proceso de manera ideal y ejemplar. Proceso psicosocial del cual se han ocupado de manera seria varios científicos sociales.

De alguna manera, a la altura de estas consideraciones se tiene la certidumbre que el escritor colombiano da centralidad en su diario a este ambiente urbano-psicológico de despojo que deja a diestra y siniestra el tardocapitalismo. No arde solo París en su centro turístico cosmopolita, sino que también arde en su periferia. En el centro arde la gran metrópoli neoliberal por el despilfarro a que somete a diario a hombres y mujeres, por el sentimiento compartido por miles de personas de abandono total, de miedo de sucumbir por no poder responder a las exigencias de reproducción del capital. Arde igualmente las afueras de la gran metrópoli con sus ejércitos de reserva pudriéndose con sus hijos al lado de la opulencia. Aqueja al centro y los suburbios el mismo V.I.H. de la mercancía y la ganancia.

¿El síndrome de Ulises –el gran viajero, el navegante perpetuo– será el volver a la gran metrópoli para ser nuevamente explotado y bajar un peldaño más en su dignidad humana? ¿Es el diario de Gamboa una parábola de nuestro tiempo deshumanizado a los límites mismos de la locura y la irracionalidad? ¿El síndrome será hacer de su condición de marginalidad social y económica la nueva condición del ser y del vivir y habitar? ¿Por qué los personajes al final quedan allí, como estancados y el lector desprevenido – como en la primera lectura– se pregunta, ¿por qué no encuentran la salvación o la redención final?

¿Le falta algo a Gamboa, o es que El síndrome de Ulises tiene que ver con el mito de Sísifo, que siempre recomienza en cualquiera de los eslabones, es decir, en cualquiera de los colombianos que entran al círculo infernal de la explotación posmoderna y globalizada? ¿Tuvo Sarkozy razón al llamar a esos grupos de jóvenes “escoria” porque al fin de cuentas es también escoria lo que el sistema secreta tanto en su centro hegemónico como en sus alrededores?

Por el contrario ¿sería válido el intento de una salida optimista de corte futurista? y concluir con el sociólogo brasileño Luis Britto: “Dos semanas de sublevación devastan París. La insurrección se propaga a otras ciudades, rebasa las fronteras de Alemania y de Bélgica. Como en 1789, en 1830, en 1848, en 1871, en 1968, la Historia no ha muerto. Una vez más alumbró la Ciudad Luz. Arde París, el mundo se ilumina”⁹.

Sería ésta una propuesta de tipo político que saldría al encuentro del Leviatán de nuestro tiempo, esa inmensa maquinaria que convierte en carne de cañón –polvo, nada, miseria, basura– al ser humano en cualquier lugar en donde se encuentre porque las fuerzas de su dominio despótico se hallan en todas partes y en toda posición pues su proyecto es proyecto de hegemonía total y planetaria tanto objetiva como subjetivamente. Desde este punto de vista, son muchos los científicos sociales que están trabajando actualmente. Uno de ellos sin lugar a dudas es Alain Touraine, quien recientemente visitó Colombia invitado por la ESAP (Escuela Superior de Administración Pública). Para este sociólogo, coincidentalmente francés, es urgente la tarea de reconstrucción del ser humano en toda su vitalidad y fortaleza históricas. Para él es prioritario que la humanidad y los pueblos reaccionen ante el monstruo rescatando su entidad como protagonistas históricos de su destino como especie, reinventarse como sujetos sociales. En su obra ¿Podremos vivir juntos? trae la siguiente definición que nos parece colocar con mediana claridad el propósito de la salida optimista a la lectura de El Síndrome de Ulises:

“El sujeto no tiene otro contenido que la producción de sí mismo. No sirve a ninguna causa, a ningún valor, a ninguna otra ley que su necesidad y su deseo de resistirse a su propio desmantelamiento en un universo en movimiento, sin orden ni equilibrio”¹⁰.

Nota

⁹ Santiago Gamboa, El síndrome de Ulises. Seix Barral. Biblioteca Breve. Editorial Planeta Colombiana S.A. Bogotá, 2005.

¹⁰ Oscar Robledo Hoyos, Sociólogo manizalita, egresado de París, investigador, profesor universitario, poeta y escritor. Colaborador en publicaciones de tipo literario y político tanto nacionales como internacionales.

¹ Es la pregunta ingenua del niño al papá: ¿Papá, porqué es que siempre que los Estados Unidos van a otro país a llevar la democracia encuentran petróleo?

² Berman Marschall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Ed Siglo XXI Editores, México, 1999.

³ Ramonet, Ignace. Art Suburbios en llamas. <http://www.otrarealidad.net>

⁴ González Olga L. Art ¿Qué explica el estallido?. La Francia de los suburbios. *El Tiempo*, Noviembre 11 de 2005.

⁵ Para una cronología pormenorizada de los hechos véase el buen compendio de Le Monde: Le Monde, Lunes 7 de Noviembre http://www.lemonde.fr/web/module_chrono/0,11-0@2-3226,32-705641@51-704172,0.html
REACCIONES DE LA PRENSA INTERNACIONAL.
<http://www.lemonde.fr/web/portfolio/0,12-0@2-3226,31-707157,0.html>

⁶ Campione Daniel. Art, Esos molestos ruidos que vienen del sótano. *Especial Argenpress.info*. Noviembre 07 de 2005.

⁷ Entrevista con R.P.Droit y T. Ferenczi, publicada en *Le Monde*, 14 de Enero de 1992. Ver Bourdieu, Pierre. *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Anagrama, Col Argumentos. Barcelona. 1999. Cap. La mano izquierda y la mano derecha del estado, pag 11-22

⁸ *Le Monde*, Noviembre 07 de 2005. Art. Une nuit avec des emeutiers qui ont "la rage".

⁹ Britto Luis, Art. Arde París, Rebelión

¹⁰ Cit por Santander Mejía, Beatriz Helena. *Aproximaciones a un pensamiento resistente para América Latina*, Universidad Católica de Manizales, Maestría en Educación, 2004.